

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR, CICLO C

Encontrarse con la novedad de Dios



MONICIÓN DE ENTRADA

La salvación de Dios, que hemos contemplado y celebrado en un Niño nacido en Belén, se muestra hoy a todos los pueblos y a todas las personas, representados en unos Magos de Oriente.

Búsqueda, sinceridad, humildad, alegría, fiesta, obediencia a Dios son palabras que jalonarán hoy nuestra celebración. Son las actitudes de estos personajes extraños, a los que imaginamos como reyes y con gran boato, acompañados de sirvientes y camellos. Son testigos de la salvación de Dios: también ellos

verán al niño en el pesebre, iluminado por una estrella, que ha guiado sus sueños, no sabemos cuánto tiempo.

La sabiduría y la magia de estos buscadores son necesarias porque es de sabios y de prestidigitadores dejarse llevar a y en lo desconocido, para poder encontrarse con la novedad de Dios. Una novedad que supera la propia búsqueda porque en Dios la gracia no abunda, sino que es sobreabundante.

Comencemos nuestra celebración de la mesa de la Palabra y de la eucaristía, expectantes ante el don de Dios que se renueva.

RITO PENITENCIAL

—Tú, que eres el Dios que nos ve y nos cuida. *Señor, ten piedad.*

—Tú, que eres el caudillo pacífico, el príncipe de la paz. *Cristo, ten piedad.*

—Tú, que eres el Dios del perdón y la misericordia. *Señor, ten piedad.*

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La gloria de Dios se manifiesta a todos los pueblos a través de su Palabra. Es viva y eficaz y al proclamarla y escucharla se hace vida en nosotros. Así es también en esta asamblea de nuestra comunidad, donde el Señor nos ha convocado, como a los reyes de Tarsis y de las islas remotas, para que su luz nos ilumine. La alegría de Jerusalén se expande de mar a mar, desde Saba hasta Arabia.

Jerusalén comunicará al mundo entero la salvación de Dios, que nosotros contemplamos en un niño que ha nacido y al que adoran unos magos venidos de Oriente. Una salvación que se muestra en lo humilde pero que hace presagiar toda la riqueza que conlleva, todo lo imaginable es superado por la grandeza del Amor del Padre, revelada en su Hijo Primogénito. Por eso, lo prometido en el profeta Isaías se cumple en el evangelio que se nos propone.

No sólo riquezas materiales, porque, como diremos en el salmo, sobre todo debemos alabar a Dios porque Él librará al pobre y al cautivo, al afligido y al indigente. Todo el que se sienta perdido, que mire a Belén. Todo el que no tenga esperanza, que corra tras la estrella del portal. Todo el que no se encuentre con la vida y solo tenga tinieblas a su alrededor, que busque un camino hacia el pesebre y observe allí a un niño con su madre, que se postre de rodillas y lo adore. Para después entregarle los mejores dones, esos que todos y todas tenemos, aunque a veces lo dudemos.

Hermanos y hermanas, hagamos vida la palabra que ahora escuchamos.

Lectura del libro del profeta Isaías 60, 1-6

Salmo 71, 1-2. 7-8. 10-11. 12-13

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 3, 2-3 a. 5-6

Lectura del santo evangelio según san Mateo 2, 1-2

ORACIÓN DE LOS FIELES

Con fe y esperanza decimos después de cada intención: *Te lo pedimos, Padre.*

—Oh, Padre, que estemos siempre abiertos a tu voluntad, que la busquemos en cada acontecimiento que suceda a nuestro alrededor y en cada persona con la que nos encontremos. Oremos.

—Oh, Padre, que sepamos ver la oscuridad cuando esta nos rodee, que seamos sinceros en nuestro caminar detrás de tu Hijo, que encontremos su estrella. Oremos.

—Oh, Padre, que escuchemos tu voz en los que no la tienen, que no pongamos nuestra ilusión en cosas mundanas, sino que seamos humildes para mirar y acompañar. Oremos.

—Oh, Padre, que celebremos tu presencia con nuestros hermanos y hermanas, que vivamos alegres nuestro seguimiento, comunicando paz, alegría y esperanza a quienes no las tienen. Oremos.

—Oh, Padre, que podamos compartir la Eucaristía, que podamos adornar nuestras relaciones, con cada persona y con cada ser vivo, de fiesta y de fraternidad, de profundidad y de cuidado. Oremos.

—Oh, Padre, que no tengamos miedo a tu misericordia, la que nos donas y la que debemos compartir con los demás, que hagamos caso a tu llamada a compartir los dones que nos has dado, que cuidemos de los más pequeños y necesitados, que mimemos la tierra como obra de tus manos. Oremos.

Escucha, Padre, nuestras oraciones y transforma nuestro corazón para que en nuestro caminar dejemos que tus huellas transformen a la humanidad.

MONICIÓN ANTES DE LA COLECTA

Hoy queremos anunciar la colecta de Cáritas agradeciéndoos a todos el esfuerzo que habéis realizado durante el año pasado y en especial en el intenso mes de diciembre. Bien sabemos que el compromiso y la generosidad de nuestra comunidad no se reduce a una colecta mensual, pero también sabemos bien que la aportación material de cada uno de nosotros es una forma necesaria, concreta y práctica de traducirlos en actos. Por eso hoy, de nuevo, como cada primer domingo

de mes, os pedimos que seáis especialmente generosos con esta colecta, que será destinada a apoyar la labor de Cáritas y a la atención de todos cuantos llaman a nuestra puerta necesitando ayuda.

ACCIÓN DE GRACIAS

Oramos con un poema de Chesterton

Andamos muy despacio, llueva o nieve,
en busca del lugar donde rezan los hombres.
Es tan llano el camino que no es fácil
seguirlo sin perderse.

Aprendimos de jóvenes
a resolver oscuros acertijos
y los tres conocemos
la antigua tradición del laberinto.
Somos los reyes magos de otros tiempos
y excepto la verdad sabemos todo.

Dimos vueltas y vueltas en torno a la montaña,
y perdimos la vista del bosque entre los árboles,
y para cada mal aprendimos un nombre
interminable. Honramos a los dioses dementes;
a las Furias llamábamos Euménides.

Los dioses de la fuerza les quitaron el velo
a la imaginación y a la filosofía.
La serpiente que tantas desdichas trajo al hombre
muerde su propia cola retorcida
y se llama a sí misma Eternidad.

Humildemente vamos... Bajo nieve y granizo...
Las voces apagadas y el farol encendido.
Tan sencilla es la senda que podríamos
perder la orientación.

El mundo está volviéndose blanquísimo y terrible,
y blanco y cegador el día que despunta.
Rodeados de luz andamos, deslumbrados

por algo que es tan grande que no puede mirarse
y tan simple que no puede decirse.

El niño que existía
antes de que los mundos comenzaran
(...) Sólo necesitamos andar un poco más,
sólo necesitamos abrir la cerradura),
el niño que jugaba con la luna y el sol
juega ahora con el heno.

La morada en la cual los cielos se alimentan
-esa antigua y extraña morada que es la nuestra-
donde no se pronuncian palabras engañosas
y es la Misericordia sencilla como el pan
y tan duro el Honor como la piedra.

Vamos humildemente, humildes son los cielos,
y brilla intensamente la estrella, baja, enorme,
y descansa el pesebre tan cerca de nosotros
que habremos de viajar lejos para encontrarlo.

¡Escuchad! Se despierta como un león la risa,
resuena su rugido en la llanura
y el cielo entero grita y se estremece
porque Dios en persona ha nacido de nuevo,
y nosotros tan sólo somos niños pequeños
que bajo lluvia y nieve prosiguen su camino.

REFLEXIÓN

Hoy, fiesta de la Epifanía del Señor, el Evangelio (cf. Mateo 2, 1-12) nos presenta tres actitudes con las cuales ha sido acogida la venida de Jesucristo y su manifestación al mundo. La primera actitud: búsqueda, búsqueda atenta; la segunda: indiferencia; la tercera: miedo.

Búsqueda atenta: Los Magos no dudan en ponerse en camino para buscar al Mesías. Llegados a Jerusalén preguntan: «¿Dónde está el Rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo» (v. 2). Han hecho un largo viaje y ahora con

gran atención tratan de identificar dónde se pueda encontrar al Rey recién nacido. En Jerusalén se dirigen al rey Herodes, el cual pide a los sumos sacerdotes y a los escribas que se informen sobre el lugar en el que debía nacer el Mesías.

A esta búsqueda atenta de los Magos, se opone la segunda actitud: la indiferencia de los sumos sacerdotes y de los escribas. Estos eran muy cómodos. Conocen las Escrituras y son capaces de dar la respuesta adecuada al lugar del nacimiento: «En Belén de Judea, porque así está escrito por medio del profeta»; saben, pero no se incomodan para ir a buscar al Mesías. Y Belén está a pocos kilómetros, pero ellos no se mueven. Todavía más negativa es la tercera actitud, la de Herodes: el miedo. Él tiene miedo de que ese Niño le quite el poder. Llama a los Magos y hace que le digan cuándo había aparecido su estrella, y les envía a Belén diciendo: «Id e indagad [...] sobre ese niño; y cuando le encontréis, comunicádmelo, para ir también yo a adorarlo» (vv. 7-8). En realidad, Herodes no quería ir a adorar a Jesús; Herodes quiere saber dónde se encuentra el niño no para adorarlo, sino para eliminarlo, porque lo considera un rival. Y mirad bien: el miedo lleva siempre a la hipocresía. Los hipócritas son así porque tienen miedo en el corazón.

Estas son las tres actitudes que encontramos en el Evangelio: búsqueda atenta de los Magos, indiferencia de los sumos sacerdotes, de los escribas, de esos que conocían la teología; y miedo, de Herodes. Y también nosotros podemos pensar y elegir: ¿cuál de las tres asumir? ¿Yo quiero ir con atención donde Jesús? «Pero a mí Jesús no me dice nada... estoy tranquilo...». ¿O tengo miedo de Jesús y en mi corazón quisiera echarlo? El egoísmo puede llevar a considerar la venida de Jesús en la propia vida como una amenaza. Entonces se trata de suprimir o de callar el mensaje de Jesús. Cuando se siguen las ambiciones humanas, las perspectivas más cómodas, las inclinaciones del mal, Jesús es considerado como un obstáculo.

Por otra parte, está siempre presente también la tentación de la indiferencia. Aun sabiendo que Jesús es el Salvador —nuestro, de todos nosotros—, se prefiere vivir como si no lo fuera: en vez de comportarse con coherencia en la propia fe cristiana, se siguen los principios del mundo, que inducen a satisfacer las inclinaciones a la prepotencia, a la sed de poder, a las riquezas. Sin embargo estamos llamados a seguir el ejemplo de los Magos: estar atentos en la búsqueda, estar preparados para incomodarnos para encontrar a Jesús en nuestra vida. Buscarlo

para adorarlo, para reconocer que Él es nuestro Señor, Aquel que indica el verdadero camino para seguir. Si tenemos esta actitud, Jesús realmente nos salva, y nosotros podemos vivir una vida bella, podemos crecer en la fe, en la esperanza, en la caridad hacia Dios y hacia nuestros hermanos.

Francisco, *Ángelus* (6.1.2018)